POR JOSÉ MARÍA MARCO

LA ESPAÑA PERFECTA. MANUEL DE FALLA, 1876-1946



DISENSO
FUNDACIÓN

¿Qué artista del siglo XX representa mejor a España? Picasso, responderá casi todo el mundo, y no sin motivo. Ahí entran en juego el carácter, el arraigo voluntario en motivos populares españoles, la conciencia de la continuidad con la pintura de su país y la dimensión global de su obra y de su personaje. Otro artista, sin embargo, cumple todas estas características. Es Manuel de Falla (Cádiz, 1876-Alta Gracia, Argentina, 1946). Coetáneo de Picasso (1881-1973), andaluz como él y como él atento a la vida cultural catalana, reconocido como suyo por la sensibilidad francesa, y muerto como él fuera de España. Los separa, aun así, algo muy relevante. En apariencia, los dos agotan su gran ciclo creativo en los años 1920. Pero allí donde Picasso se complace en el nihilismo, cada vez más visible al estar impulsado por una creatividad y una energía formidables, Falla se va a ensimismar, con su Atlántida, en la recreación de la más depurada idea de España.

ATLÁNTIDA

Falla venía trabajando en su «cantata escénica», como él mismo la denominaba, desde 1926. Desde entonces, dejó casi cualquier otro trabajo de creación para concentrarse en ella. Cuando salió en barco para Argentina, en octubre de 1939, por motivos económicos y huyendo de las tensiones de una civilización en guerra consigo misma, llevaba un voluminoso cartapacio con el trabajo ya realizado. Su precario estado de salud y los compromisos sociales y artísticos no le impidieron continuarlo, en particular cuando se instaló en Alta Gracia, a unos 700 kilómetros de Buenos Aires. Sin embargo, su peculiar forma de trabajo, su refinada meticulosidad y, tal vez, la índole misma del proyecto, le impidieron terminarlo. Sería completado luego por su discípulo Ernesto Halffter y estrenado en Barcelona en 1961; y en su versión escénica en Milán, un año después.

La Atlántida se basa en el poema que Jacinto Verdaguer (1845-1902) publicó en 1877. Relata, en diez cantos escritos en catalán, un gran canto épico que reúne dos mundos sin relación aparente. Por un lado, la epopeya de Hércules contra Gerión, el rey que habitaba en los límites occidentales del mundo, y el hundimiento de la Atlántida, siguiendo el mito que Platón había imaginado en el Critias y en el Timeo. Y, por otro lado, el presentimiento y la ambición que movieron a Colón y que inspiraron a la Reina Católica a descubrir el Nuevo Mundo. Falla, fascinado por el texto de Verdaguer, vio en él la ocasión de crear algo casi inconcebible, como es una síntesis del espíritu de España, que se encarna y da vida a la peripecia del poema. Va desde el aria de Pirene y el extático «Somni de Isabel» (la Católica) hasta la perfecta «La Salve en la mar», única pieza en español de la obra, que incorpora también textos en latín. En la Atlántida apenas se reconocen fórmulas populares. Para celebrar la unión de la tradición ibérica con el cristianismo, Falla se inclinó por una música depurada al extremo, con melodías simples y lineales y una casi total transparencia armónica. Lo épico y la evocación de lo popular se convierten así, sin perder su carácter, en una vía de acceso a una belleza, propiamente española, de dulzura y delicadeza infinitas.

Falla, católico ferviente y devoto, quedó horrorizado con la brutalidad anticristiana de la Segunda República y, aunque intentó frenar la violencia que conoció de primera mano en Granada, apoyó el levantamiento de 1936, que llamó «movimiento salvador de España».

EL ESFUERZO DE DEPURACIÓN

El camino hacia la serenidad sublime de la Atlántida -sin adherencias trágicas, folclóricas ni historicistas- había empezado mucho antes, cuando Falla, que se había instalado en Madrid desde su Cádiz natal, emprendió viaje a París para darse a conocer y conocer la música nueva. Sin horizonte artístico en la capital, llevaba en su equipaje La vida breve, una ópera andaluza, de intensidad característica, compuesta en 1905. Pianista de gran clase, su interpretación al piano entusiasmó a Albéniz, a Debussy y a Paul Dukas, artistas que el joven Falla admiraba. Se estrenó con un éxito apoteósico en Niza (1913) y luego en París, para subir por fin a un escenario madrileño un año después.

Vino luego El amor brujo, con la incorporación de modos y cantos flamencos, en los que Falla vio una forma muy antigua de la expresión estética española. Su estreno en Madrid en 1915, con grandes artistas gitanos en escena y un grupo instrumental muy reducido en el foso, no convenció. La convirtió

en un clásico su transformación en una gran estampa del imaginario español, con una orquesta nutrida y fragmentos tan espectaculares como la «Danza del fuego fatuo» y el «Final» con «Las campanas de la mañana», una de las piezas más exaltadas y emocionantes de la historia de la música.

Las Siete canciones populares españolas, elegantes y conmovedoras, incorporaron ritmos y modos de toda la geografía española. Y, más tarde, en 1922, el famoso concurso de cante jondo organizado en Granada con Federico García Lorca -cuando ya Falla se había instalado allí, en un pequeño carmen en la Alhambra- para salvar de la decadencia el canto grande y su intrínseca gravedad, indican la importancia que daba a la supervivencia de las formas de expresión históricas y populares.

Las Noches en los jardines de España (1915), una evocación para piano y orquesta de Cádiz, Granada y Córdoba, incorporan una sensibilidad venida de Chopin y de flexibilidad y sutileza francesas a la expresión de lo español. El ballet sobre El sombrero de tres picos, estrenado en Londres en 1919 con decorados de Picasso, continuó esta evolución, entroncando una inspiración muy hondamente española con medios expresivos inéditos, que desafiaban a los de Stravinsky en expresividad y humanidad. Una aventura del Quijote, la del retablo de Maese Pedro, le dio la ocasión de continuar ampliando la inspiración española -algo que venía desde muy temprano, cuando estudió con Felipe Pedrell- gracias a los tonos de la música castellana y la incorporación de los famosos pregones que se escuchaban en las ciudades y los pueblos de España. La música de Falla adquiere así una severidad propia y característica, una forma de rudeza y de despojamiento que llegará a su expresión más limpia y delicada en el Concierto para clave y conjunto de cámara, alejado de cualquier concesión a lo sentimental y a lo superfluo. Fue el predecesor inmediato de la luminosidad de la Atlántida.

Falla murió en Argentina el 14 de noviembre de 1946, y sus restos reposan, tal como él quiso, en la catedral de Cádiz, bajo una lápida con una cruz y la inscripción Soli Deo honor et gloria, que había adoptado como divisa. Toda su vida y su obra entera estuvieron puestas al servicio de la gloria de Dios. No compuso ninguna obra religiosa, pero sin eso no se entiende su legado, el de una modernidad española que rechazaba la rebelión contra la religión. Siendo como era un antirromántico cabal, para Falla el arte no sustituía a la religión y, ajeno a cualquier idealismo panteísta, tampoco la naturaleza sustituía a Dios.

Para la celebración del 150.º aniversario de su nacimiento y el 80.º aniversario de su fallecimiento, se han programado exposiciones, congresos y trabajos de difusión e investigación. No ha habido, sin embargo, ninguna interpretación completa de la Atlántida, ni tampoco ninguna puesta en escena de una obra que Falla concibió para el teatro, como buena parte de su creación. Con el mayor de sus artistas del siglo XX, España ha vuelto a mostrarse tan descastada como lo fue más de cien años antes.